

DISCURSOS

PRONUNCIADOS POR

EL SR. LIC.

D. NEMESIO GARCÍA NARANJO,

SECRETARIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Y BELLAS ARTES,

EN LAS APERTURAS DE LOS CURSOS UNIVERSITARIOS

Y DE LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA,

LOS DÍAS

4 Y 16 DE FEBRERO DE 1914

MÉXICO

Imp. del Museo N. de Arqueología, Historia y Etnología

1914


428
N
86
G



DISCURSOS



Edición de 500 ejemplares.

DISCURSOS

PRONUNCIADOS POR

EL SR. LIC.

D. NEMESIO GARCÍA NARANJO,

SECRETARIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Y BELLAS ARTES,

EN LAS APERTURAS DE LOS CURSOS UNIVERSITARIOS

Y DE LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA,

LOS DÍAS

4 Y 16 DE FEBRERO DE 1914



MÉXICO

Imp. del Museo N. de Arqueología, Historia y Etnología

1914



NUNCA, como ahora, mereció evocarse la hermosa imagen de la rapsodia homérica, que nos pinta a la Aurora abriendo con sus dedos de rosa las puertas del Oriente. La Universidad Nacional semeja, en estos momentos, la visión radiante de una mañana de oro. Otra vez, como en el cuadro de Guido Reni, va precediendo al carro luminoso del día, y, suspensa en los aires, vuela milagrosamente con un puñado de rosas en las manos, con la primavera en los labios, con el firmamento en los ojos, con el paraíso

en la frente, con el infinito en las alas...... Parece decirle a la Patria: «En el carro del día viene Palas Atena, cuyos ojos claros van a llenar de resplandores el sendero de tu vida. Al paso dulce de nuestro cortejo alegre, làs tumbas han quedado cubiertas de flores. Las sombras se extinguieron y los escepticismos se apagaron. No llores más: la noche ha concluído.»

Este nuevo año escolar marca en nuestra historia algo más que una simple inauguración de estudios: en él se cumplirá la promesa que, ante el Congreso Nacional, hizo la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, de remover los pesados aluviones de utilitarismo y de escombrar toda la arena estéril, para exhumar los mármoles sagrados del Ideal. Hoy empezamos a cavar con nuestra piqueta la tierra de promisión, y esperamos muy pronto resucitar el olvidado tesoro, para dejarlo definitivamente restaurado en las aras del Santuario en donde lo co-

locaron los patriarcas de nuestra Independencia y los apóstoles de nuestra Reforma.

Esta obra trascendente, ligada de manera íntima y estrecha con la reconstrucción nacional, ha sido llevada a cabo por el señor Presidente de la República, cuyo espíritu creador, cuyo brazo de hierro y cuyo verbo de creyente han trazado nuevos rumbos a la nación. Han colaborado la Universidad Nacional, con su espíritu libre y su alta sabiduría, y la nueva generación con sus santos impulsivismos y sus entusiasmos omnipotentes. Ante la actitud enérgica de nuestro Primer Magistrado, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes no dudó un momento en arrojar la semilla nueva sobre los surcos viejos y colocar una pesada e inamovible losa sobre la cripta funeraria del pasado.

Una vez me hacía notar el eximio poeta Salvador Díaz Mirón que, siempre que se arranca un cadáver de una capilla ardiente, se aglomeran sobre el cuerpo del finado su

madre, sus hermanas, sus hijos, para impedir con brazos epilépticos y con clamores desgarrantes, que los sepultureros lo conduzcan a la tumba. Si esas lamentaciones fueran obedecidas, añadía el poeta, los muertos acabarían por matar a los vivos.

Pues bien: lo mismo pasa con las ideas caducas, a las cuales precisa, en muchas ocasiones, llevar a la sepultura. En torno de ellas se amontonan miles y miles de seres, que impiden a todo trance la consumación de los funerales. Y, como si esto no bastara, provocan después reacciones contra los pensamientos nuevos, como si los botones en flor tuvieran la culpa de las rosas que se marchitan, como si los arroyuelos que cantan fuesen responsables de las aguas que se congelan, como si las estrellas de Oriente fueran quienes empujasen hacia el Ocaso a los astros moribundos del crepúsculo.......

Por eso las revoluciones artísticas y científicas son tan difíciles de realizar; por eso

también, espero en todos vosotros la fuerza necesaria para permanecer impávidos y tranquilos ante las corrientes rutinarias y los torbellinos ancestrales que se pueden desatar. Los pensamientos nuevos han clavado ya sus ondulantes banderolas en el corazón entusiasmado de la República, y contra ellas, para estrujarlas y agitarlas, sólo tienen derecho los huracanes del porvenir.

En esta obra renovadora, la Universidad Nacional ha sabido conquistarse el dictado de ilustre y benemérita, por haber roto los moldes tradicionalistas en que se encastillan los cuerpos universitarios, para colocar un puente de oro entre el romanticismo de los tiempos idos y el romanticismo de las épocas futuras. En los últimos tres meses, se ha levantado hasta la altura de don Valentín Gómez Farías, que salió de las instituciones realistas para iniciar la epopeya de la Reforma. Llegado el momento de ver disminuída su jurisdicción, la Universidad siguió adelante,

y, realizando la frase de Guerra Junqueiro, asistió al auto de fe de su cuerpo, entre las llamaradas de su propia creencia. Además, ha sido como el crisol en donde se han fundido los bronces de los pensamientos nuevos: las instituciones del futuro podrán considerarla como el invernadero dulce y plácido en donde recibieron el calor vivificante que las fortaleció y tonificó en los primeros instantes de su existencia. Por estas causas, señor Rector, señores consejeros, recibid la felicitación cordial del Gobierno Supremo de la República; recibid también la admiración de los hombres cultos.

En cuanto a vosotros, señores profesores, que teneis el deber de modelar armoniosamente el espíritu de la nueva generación, conservad siempre fijo en vuestra memoria el símil encantador de André Chénier: el de la esposa lacedemonia que, para dar vida a una nueva criatura humana, mandábase colocar delante las más acabadas figuras que

animó el arte de Zeuxis, los Apolos, Bacos y Helenas, para que, apacentándose sus ojos en la contemplación de tanta hermosura, brotase de su seno, henchido de aquellas nuevas y divinas formas, un fruto tan noble y tan perfecto como los antiguos ejemplares y dechados. Asimismo, vosotros, cuyas almas habrán de dar vida y calor a multitud de almas juveniles, dedicaos a la contemplación sagrada de todas las bellezas, heroísmos y virtudes, para que así podais infiltrar grandeza y excelsitud en el corazón sediento de la gente nueva.

Además, tened presente que, así como el bardo lusitano salvó del naufragio el poema de su patria y de su raza, vosotros debeis procurar que vuestros discípulos salven de todas las borrascas y desquiciamientos el inspirado poema de los ensueños y las esperanzas.

Una conmovedora poesía bohemia, que ha dejado huella profundísima en mi alma, nos pinta a un joven condenado a muerte, que

tenía miedo de sucumbir temblando y a quien su madre volvió la serenidad con la promesa de obtener el indulto. «Si mañana, le dijo, la madre amorosa, cuando emprendas la fúnebre jornada, me miras en la ventana agitando un velo negro, prepárate a morir, porque toda esperanza está perdida. Pero si, por el contrario, me ves agitando un velo blanco,

no tiembles, hijo, aunque el cruel verdugo
tu cuello estruje con sañuda mano.

Llega la mañana del suplicio y el joven sale del calabozo, sonriente y sereno, porque advierte que, en la ventana del hogar, está su madre agitando un velo blanco. Se inicia el lúgubre cortejo, y él, sonrosado y tranquilo, avanza con paso firme y seguro. Los verdugos le conducen al patíbulo; pero él continúa con una mañana en los ojos y una alborada en la frente, porque el velo blanco no ha desaparecido de la ventana de su madre.

Asciende sin inmutarse el último peldaño de la fúnebre escalera, y, cuando los verdugos colocan la soga sobre su cuello, clava todavía su mirada primaveral, soñadora y confiada, en el velo blanco que su madre sigue agitando con ternura.....

Aquella madre cumplió con su deber. ¡No pudiendo salvar a su hijo, se conformó con salvar sus esperanzas y sus ilusiones!

Yo, por eso, os pido, maestros ilustres, que hagais con vuestros discípulos lo que hizo con su hijo la madre dulce de esta romántica balada. Nunca agiteis ante sus ojos atormentados el velo negro que anuncia las tragedias y las desesperanzas: poned siempre, ante sus miradas, el velo blanco que despierta el valor y resucita el ensueño.

En la poesía de Hartmann, la marcha hacia el patíbulo es el símbolo del dolor humano, como es la madre el símbolo de la Providencia, como es el velo blanco el símbolo del ideal y de la esperanza. Los desengaños

son los verdugos que estrujan nuestros cuellos con el cordel áspero y frío de la horca; pero el alma se nos llena de primavera si aparece ante nuestros ojos anhelantes y angustiosos ese velo blanco que redime la existencia y alegra la muerte. Agitadlo siempre, porque la salvación del ideal es más sagrada que la salvación de la vida!

Sí, sabios maestros, haced que vuestros alumnos salgan de las negruras de la muerte, como salió Dante de las negruras del infierno, cantando este verso inmortal y milagroso:

e quindi uscimmo a riveder le stelle.

A vosotros, jóvenes amigos, que venís a la Universidad a forjaros una triple coraza de belleza, de saber y de virtud, para armaros en las luchas de la vida, a vosotros os toca completar la obra de vuestros maestros. Para ello necesitais mostrar una fe hipnotizadora, un carácter inconmovible, un amor sobrenatural y divino.

Habreis menester de fe, porque ella es para las corrientes sociales lo que la porcelana para las corrientes eléctricas: aísla a los hombres de la vulgaridad; los vuelve insensibles; les da inmunidad para las más voluptuosas tentaciones y los más altivos orgullos; los eleva, en fin, a esa serenidad milagrosa en donde se trazan las epopeyas, y florecen las parábolas, y reviven los evangelios, y fulguran los apocalipsis.

Necesitais carácter, para aprovechar todas vuestras derrotas parciales en la batalla definitiva de la existencia; para ostentar después de todos los desastres pasajeros, la arrogancia y la audacia que esclavizan a la suerte.

Guardad siempre fijos en vuestra mente los versos de Verhaeren:

No temas nunca domar
los potros de lo imposible.

Con firmeza de alma es como se rompen los nudos gordianos y se cruzan los Rubico-

nes y las Noches Tristes se convierten en Otumbas.

La fuerza de voluntad nos enseña que el dolor es un bien supremo que, como la laguna Estigia, sirve para volver a los espíritus invulnerables. Turgot decía que admiraba a Colón, menos por haber descubierto la América, que por haber partido a buscarla. Vosotros podeis lanzaros a la conquista del porvenir. Si no lo encontrais, vuestra hazaña queda realizada, por el solo hecho de haber emprendido la aventura.

Y el amor sobre todo, amigos míos; porque sin él, la ciencia degenera, y se tiende sobre las almas como esa hierba menuda y tupida que, al cubrir la tierra como alfombra, estruja despiadadamente los gérmenes de rosales opulentos y de árboles bienhechores.

El secreto de la perfección se encuentra en la armonía de las facultades. Poned en un mismo ramillete rosas de los jardines de Platón y de Epicuro, de Euclides y de Anacreonte; tened presente que la ciencia aislada buscó refugio en Alejandría, en tanto que la ciencia aureolada por el amor escogió como asiento los tabernáculos de Atenas.

Por eso, al lema del grande educador Barreda, de «saber para prever, prever para obrar y obrar por amor,» podeis añadir este otro postulado: «soñar para creer y creer para crear.» De lo contrario, la ciencia no solamente será estéril, sino que se parecerá a los eucaliptus y a los sauces que, al clavar sus raíces absorbentes, exprimen a los fértiles terrenos que les han brindado generosa hospitalidad.

¿De qué sirve el conocimiento infinitesimal, la doctrina del detalle, la erudición dominadora de los seres invisibles, la sabiduría de las cosas ignotas y recónditas, si se detienen dentro del cerco estrecho de los estantes de una biblioteca?

¡Ah! cuando el pensamiento se ha cansado sobre los infolios amarillentos; cuando

las pupilas se han obscurecido descifrando pergaminos empolvados, el alma humana, para no caer en la bancarrota del doctor Fausto, tiene que reaccionar con ilusiones y exclamar con el poeta:

Ahondé, ahondé, y atravesando el mundo,
hallé sobre mi frente las estrellas!

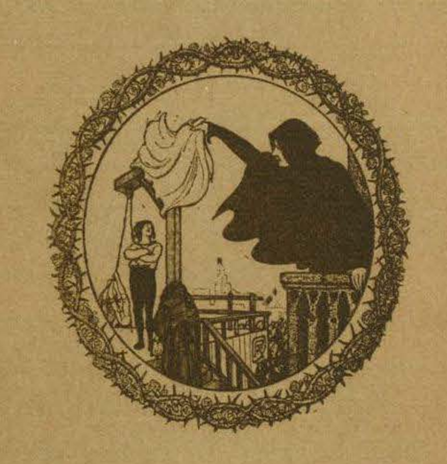
En un canto delicado de Catulle Mendes, le pregunta un hombre desencantado a un niño poseído de inspiración: ¿«Cuál es la diferencia entre nosotros»? Y el niño le responde: «Cierra los ojos y contempla aquella estrella de singular belleza.» «No puedo,» — contesta el hombre. Entonces el niño, entornando dulcemente los párpados, replica: «Yo la sigo mirando con los ojos cerrados.»

Pues bien, amigos míos: tal diferencia entre aquel ser desengañado y el infante idealista, es la que debe existir entre vosotros y las generaciones utilitarias que os antecedieron.

Ellas se separaron de la lucha por los peligros, y del amor por las desilusiones, y de las estrellas por los ocasos. Vosotros, en cambio, debeis vivir siempre con los platonismos seductores de las filosofías idealistas y embriagaros constantemente con el perfume de las rosas de la poesía eterna. ¡No necesitar los ojos para ver el cielo, como Homero, ni requerir oídos para percibir la armonía de la Naturaleza, como Beethoven, ni haber menester de fuerza para obtener la victoria, como Don Quijote! ¡Mirar las estrellas con los ojos cerrados: he allí el verdadero secreto de la vida!

Marchad, pues, amigos míos, en el sendero universitario, poseídos de ideal y de éxtasis, como la aurora de Guido Reni, que va cubriendo con flores los sepulcros, para no sentir la tristeza de contemplarlos; caminad sin vacilaciones ni titubeos, siempre hacia arriba, siempre adelante. Y cuando mireis en vuestros horizontes los velos blancos que

agitan las manos de vuestros maestros, seguidlos con el ímpetu y la resolución con que seguían los soldados franceses el penacho blanco de su gran rey: ¡ellos os conducirán a la victoria!



II



Señor Director:

Señores Profesores:

Amigos míos:

Este momento es quizá el más solemne para la educación nacional, desde el año glorioso en que se fundó la Escuela Nacional Preparatoria. La vieja nave construída por el gran Barreda en los arsenales de la Reforma, que ha conducido a cuatro generaciones a bordo y ha navegado durante nueve lustros en las ondas inciertas de la vida, va a zarpar ahora para internarse «por mares

antes nunca navegados» y bajo firmamentos desconocidos. Hoy, por primera vez, como los marinos del siglo XV, proyectamos buscar el Oriente por rumbos distintos de los antiguos. Hoy, finalmente, queda arriada la bandera comtiana para izar, en el más alto de los mástiles, la única bandera que podemos enarbolar, la que está por encima de la ciencia y del arte, de la filosofía y de la religión: la bandera santa de la Patria!

Mucho meditó la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, antes de decidirse a abandonar las rutas del pasado; pero una estadística lamentable, con su inflexibilidad numérica, la obligó a proceder desde luego con audacia y energía. De cada cien alumnos inscritos en el primer curso, apenas si quince llegaban a terminar sus estudios preparatorios. ¡El ochenta y cinco por ciento de la tripulación había naufragado en la travesía!

La evidencia de este amarguísimo fracaso y la convicción íntima de que la escuela filosófica inspiradora de métodos y programas no debería seguir informando el espíritu de la Nación, me impulsaron a ir a la tribuna de la Representación Nacional y a solicitar allí, en nombre del Ejecutivo, autorización para abrir nuevos horizontes a las futuras generaciones.

Hoy, la reforma está consumada: la Historia juzgará.

En el plan de estudios que formuló la Secretaría de mi cargo, de acuerdo con la Universidad Nacional y las primeras autoridades científicas del país, se ha procurado corregir a todo trance la orientación exclusivamente intelectualista que había tenido la Escuela Nacional Preparatoria. La idea fundamental renovadora tiende a que la Verdad y el Bien, en lugar de estar separados por la indiferencia, formen un nudo tan compacto, que, contra él, se estrelle hasta la misma espada de Alejandro.

El fin de la nueva organización es el desarrollo armónico del espíritu y la resurrección del ideal humanitario y patriótico. La cultura será simultánea y, desde el principio hasta el fin, se ocupará en la educación científica, histórica, artística y moral. El último año, además de completar los conocimientos, tendrá por objeto unificarlos: será el coronamiento del edificio. Por eso, las ciencias naturales prepararán el estudio de la psicología; la cultura de las bellas letras y del dibujo terminará con el conocimiento intuitivo de la estética; la lógica será el último capítulo de las ciencias y, especialmente, de las matemáticas; y la moral, además de informar toda la educación, será el remate superior de los estudios cívicos e históricos. Finalmente, el curso de problemas filosóficos sacudirá los espíritus y los levantará de las mezquindades cotidianas, para familiarizarlos con la inmensidad. No hay que tenerle miedo al Infinito porque, aun aceptando la tesis

más pesimista, podemos exclamar todavía con Richepin: «El Infinito nos mata; pero, con matarnos, es toda nuestra vida.»

Por otra parte, con el nuevo plan, se pretende evitar que los estudios tiendan a tomar un desarrollo exagerado, impropio de una Escuela Preparatoria, y perjudicial para que ésta realice sus fines. Así, tanto la instrucción matemática como la histórica, la de las ciencias físicas y naturales como la de bellas letras y dibujo, lejos de aspirar a una especialización concienzuda, se limitarán a estudios generales que, en lugar de cansar los cerebros de los educandos, los provean de un método de razonamiento y les den una orientación moral en la existencia.

Las investigaciones superiores deben reservarse para los institutos profesionales o para aquellos en que se aquilatan los conocimientos, como el de Altos Estudios. La Escuela Preparatoria representa el tronco y las grandes ramas del árbol de la enseñanza nacio-

nal, y, en esa virtud, nó debe pretender abarcar los estudios que, en ese mismo árbol, pueden compararse al follaje y a la florescencia.

El nuevo programa, además de concederle a la ciencia propiamente dicha la importancia que se merece, da a la cultura artística y filosófica un lugar preeminente, que antes no tenía. Lo mismo hace con la cultura histórica, que yo conceptúo fundamental para que esta Escuela cumpla, en la educación de la juventud, la sagrada misión de formar, no solamente sabios de gabinete e investigadores de laboratorio, sino también, y en parte muy principal, ciudadanos de convicciones sólidas, patriotas de caracteres férreos, que lleven en sus pechos un refugio para todas las esperanzas y un tabernáculo para todos los ideales!

Concretando el pensamiento que ha presidido a la formación del nuevo plan de estudios, puede decirse: las ciencias matemá-

ticas, físicas, naturales e históricas y las bellas artes serán las columnas del templo; la filosofía será la cúpula, y la moral constituirá el ambiente que impregne toda la construcción.

Para poner en práctica las nuevas ideas sobre enseñanza, en toda su nítida pureza, sería preciso un cuerpo de maestros especialistas y experimentados. Mas si siete lustros de espíritu materialista exclusivo, han servido para formar banqueros hábiles, multiplicadores prodigiosos de riquezas, en cambio, estrujaron lastimosamente el alma intelectual de la República: el sol candente, que provoca el rápido desarrollo de los palmares y cañaverales, aniquilaría, con sus rayos abrasadores, un campo rubio de trigo. Y bien: en nuestro medio, por desgracia, el trigo representó el papel del ideal y de la inteligencia.

La prueba más patente de que la ciencia ha atravesado por un Calvario en los últimos

tiempos nos la muestra el estado cataléptico en que viven las principales Academias científicas y literarias. Han dormido un sueño hondo y letárgico, reservando su resurrección alegre para mejores días. Pero no debemos desalentarnos ante el invierno intelectual que acabamos de cruzar; porque la riqueza es como la nieve: cuando es excesiva, suele matar los verdores de los surcos y los rosales de los huertos; pero deja fertilizada la tierra para las próximas primaveras.

El surgimiento intelectual no ha acabado aún de asomar en nuestros horizontes su faz de aurora, porque, no obstante que ya nuestra patria tiene un siglo de vida política independiente, se puede decir que no empezó a disfrutar de su autonomía plena en el dominio de las ideas, sino después de romper en lo absoluto su estructura colonial. Para seguir adelante, era indispensable la crisis completa del pasado.

Después del desmoronamiento del México

antiguo, vino la formación de la Patria nueva, con los apóstoles de las revoluciones de Ayutla y la Reforma. Estos caudillos, como todos los constructores de países, fueron multiformes en su actividad y sintetizaron las más diversas facultades del pensamiento. Tal parece que el espíritu de las Enciclopedias está íntimamente ligado con el espíritu de las Revoluciones. Los campeones de 1857 fueron al mismo tiempo guerreros y poetas, jueces y tribunos, maestros y legisladores. Guillermo Prieto, Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias abarcaron toda la gama de la aptitud, desde una Secretaría de Estado hasta una tribuna revolucionaria; desde la más alta investidura judicial, hasta la redacción candente de un periódico de combate; desde la cátedra ateniense, hasta la santa barricada de la defensa nacional!

Sobre los escombros del régimen colonial, amontonados desde 1810 hasta mediados del

siglo XIX, había que construír un estado nuevo; y, para ello, no era posible especializar el conocimiento ni fijar la vocación. En esa tarea estupenda se necesitaron hombres tan extraordinarios como los que existieron. Tal vez durante otras épocas hayan alentado sabios y artistas superiores a ellos; pero, como tipos sintéticos y centrales de una civilización, son de los que honran, no solamente a nuestra Patria, sino también al linaje humano.

Mas la ciencia no puede vivir perennemente con el único concurso que, de manera parcial, le presten los seres extraordinarios. La ciencia es monopolizadora de facultades y exige que se le desprenda de los espíritus enciclopédicos, para que se le dedique, no parte, sino la contribución total de la inteligencia. Una vez formados los pueblos, se empiezan a especializar las facultades mentales, y el desarrollo del espíritu se verifica con una colaboración universal.

La Escuela Nacional Preparatoria fué fundada para realizar esta ingente necesidad social. Ella habría de ser la almáciga de los futuros matemáticos, zoólogos, botánicos, historiadores y humanistas; ella tendría que ser la cuna de oro de la ciencia nueva. Mas, como en los años que sucedieron a la fundación de este plantel, sobrevino el apogeo del florecimiento material, resultó que las actividades mentales quedaron ahogadas por el deseo de lucro y el afán de industria. Fueron muy pocos los que se dedicaron al estudio de la ciencia por la ciencia o del arte por el arte, y la penuria intelectual durante los últimos años fué tan evidente, que apenas se podían contar dos o tres verdaderos maestros para las asignaturas fundamentales. En cambio, los profesores de materias prácticas se multiplicaron súbitamente, al grado de que se estimaban en montones los capacitados para desempeñar clases de idiomas, contabilidad y procedimientos. El vellocino

de oro llegó a ser entonces el único ideal.

Esta bancarrota de la inteligencia fué el primer obstáculo que se presentó a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, para reorganizar el instituto de Barreda. ¿De dónde se iba a sacar una falange de maestros de historia general, que tuviesen la pretensión de aumentar la herencia del ilustre Justo Sierra? ¿Cómo formar repentinamente un cuerpo de sabios? ¿Quiénes serían los que sin haber sido antes maestros de zoología o botánica, se considerasen con la suficiencia técnica requerida para sobrepujar las enseñanzas de Alfonso Herrera y de Manuel Urbina? La Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes comprendió que el problema era tremendo; pero más tremenda aun se presentaba la inercia científica de nuestra sociedad y, en esa virtud, solicitó la colaboración de hombres inteligentes y decididos que, además de comprometerse a la formación intelectual de sus alumnos, firmasen el pacto de desposarse ellos mismos con la ciencia e iniciar, de este modo, el semillero de las Universidades y los Ateneos del porvenir.

Por primera vez en nuestra Patria, van a figurar más de ochenta hombres en un solo instituto, con la obligación oficial de dedicarse a estudios naturalistas superiores, y más de treinta con el deber de adquirir una instrucción elevada en historia, y así por el estilo, en las ramas principales de la ciencia. Esta sola circunstancia va a marcar gloriosamente la reorganización de la Escuela Nacional Preparatoria. Aun cuando los nuevos planes pedagógicos constituyeran un fracaso, sobrevivirá siempre el movimiento cultural que se ha provocado con la promulgación de la nueva ley. Los que hoy son cuerpos humildes de profesores tienen la obligación sagrada de perfeccionarse indefinidamente y formar mañana las Academias científicas de la Nación.

Tal vez algunos descreídos sonrían escépticamente reflexionando en que la cultura no es producto oficial, sino fruto espontáneo y sincero de las sociedades; pero, si pensamos en que la influencia del Estado colaboró en el florecimiento del siglo de Pericles, en el apogeo intelectual de la época de Augusto, en el despertar del Renacimiento bajo la protección de los Médicis y en la auréola clásica que circuye la testa soberana de Luis XIV, concluiremos en que las brisas oficiales, si no provocan el nacimiento de las ciencias y las artes, sí son el mejor agente de su desarrollo y crecimiento.

Así lo ha comprendido el Gobierno, y por eso no ha vacilado en dedicar a esta obra una gran parte de sus caudales, hoy que tanto los necesita para extinguir el fuego devorador de la anarquía. Sin embargo, ha hecho gustoso el sacrificio, porque sabe que, si en los campos de batalla es donde se realiza la pacificación inmediata, en el alma de las

escuelas y en el corazón de los liceos, es donde se obtiene la pacificación definitiva.

Señor Director:

La Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes os ha escogido como timonel en el primer viaje de la nave reformada, porque confía en vuestro brazo de hierro para el mando, en vuestro corazón de bronce, rebosante del más apasionado mexicanismo, y en vuestra inteligencia de diamante, cuyas facetas están siempre dispuestas a recibir todas las luces que la acarician y a devolverlas multiplicadas en colores.

Señores Maestros:

Vuestro deber es formar a vuestros discípulos y acabar de formar también a vosotros mismos. Sed libres. No encartujeis vuestras almas ni las de vuestros alumnos en un sectarismo limitado. Dejadlas que vuelen por todos los horizontes y encima de todas las

preocupaciones. La libertad es superior al más cuidadoso de los cultivos: una planta de invernadero, solícitamente atendida por hábiles horticultores, jamás llega a la frondosidad ni a la hermosura de esos árboles plantados por la Naturaleza misma, que nunca necesitaron del castigo encantado de la poda ni de las gloriosas salpicaduras de las regaderas, para incrustar sus ramas exuberantes en el esplendor magnífico del cielo!

En un canto excelso de Edmundo Rostand, escrito en las faldas de los Pirineos e impregnado del más alto de los espíritus idealistas, nos describe una aduana por donde pasa un viejo conduciendo un fardo sobre un pollino, y que pretende internarse en el territorio de Francia; mas, en el momento de cruzar la frontera, los guardas sorprenden un contrabando que el viejo errante procuraba introducir. Del fardo que lleva a cuestas el asno, cayó por descuido una daga em-

polvada y mohosa. Esto da margen para que los guardas se acerquen y escudriñen cautelosamente, encontrando un yelmo roto, una coraza abollada, un estoque sin punta, una armadura, en fin, vieja y herrumbrosa. El encargado de la aduana impide enérgicamente el paso del contrabando, y el viejo, melancólico y extático, dejando caer las gotas de su llanto sobre las armas desparramadas en el suelo, las recoge amorosamente y vuelve al territorio hispano con la desesperación de no poder llevar a Francia su cargamento de gloria. Aquel viejo era Don Quijote y su contrabando de armas era el Ideal.

Pues bien, lo mismo que en el poema de Rostand, en nuestra siempre amada Escuela Nacional Preparatoria hubo por muchos años una aduana que detenía todos los contrabandos del Ensueño. Un prejuicio inexplicable, con la actitud de un guarda frío y severo, estorbaba el paso del manchego ilustre y de sus armas. El utilitarismo, como un centi-

nela implacable, impedía la introducción del sentimiento.

La reforma fundamental de la Escuela Nacional Preparatoria consiste en haber abierto de par en par sus puertas a todas las corrientes del pensamiento moderno. En adelante, quedará suprimida la aduana intransigente que le cerraba el paso a toda idea que no se hubiese forjado en el yunque positivista. Disipar errores no es lo mismo que matar espíritus. Unicamente cuando las linfas se enturbian, es cuando impiden que los rayos de las estrellas atraviesen sus cristales. En cambio, cuando ostentan diafanidades de diamante, permiten que las luces estelares lleguen hasta el fondo de los ríos. Lo mismo que la linfa es la ciencia: sólo cuando un concepto estrecho la falsea, le cierra sus puertas a las aspiraciones espiritualistas. En cambio, cuando deja que el ideal se introduzca hasta sus entrañas, es porque lleva en su mano la transparencia límpida de la Verdad suprema.

Por eso, este recinto sagrado no será la ínsula de Sancho: no habrá guardas inflexibles que le cierren el paso al viejo heroico de la Triste Figura. Podrá libremente hacer sonar su armadura enmohecida, por los alegres corredores, arrastrar marcialmente su despuntada tizona por las cátedras y las academias, golpear con su guantelete de hierro las mesas de los gabinetes y laboratorios, iluminar todas las aulas con su mirada de fuego. Tal vez en algunas clases aparezcan conocimientos que, a manera de aspas de molino, lo echen a rodar por tierra; pero no importa: él se levantará arrogante para seguir cumpliendo con su sagrada misión. Dejad que la Verdad derribe a la Ilusión, cuando ésta haga ondear sus banderolas hacia el Error; pero dejad también a la Ilusión que se corrija y se incorpore, después de haber sido derribada, para que pueda continuar iluminando la existencia. La Razón tiene el derecho, y hasta el deber, de derrotar al ensueño, pero

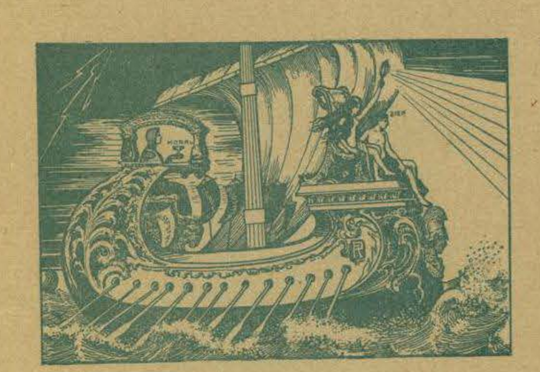
no de asesinarlo. Solamente permitiendo esta pugna constante, en la que deben sobrevivir los contendientes, es como se realiza el milagro de la armonía, la concordia del pensamiento, la apoteosis del corazón!

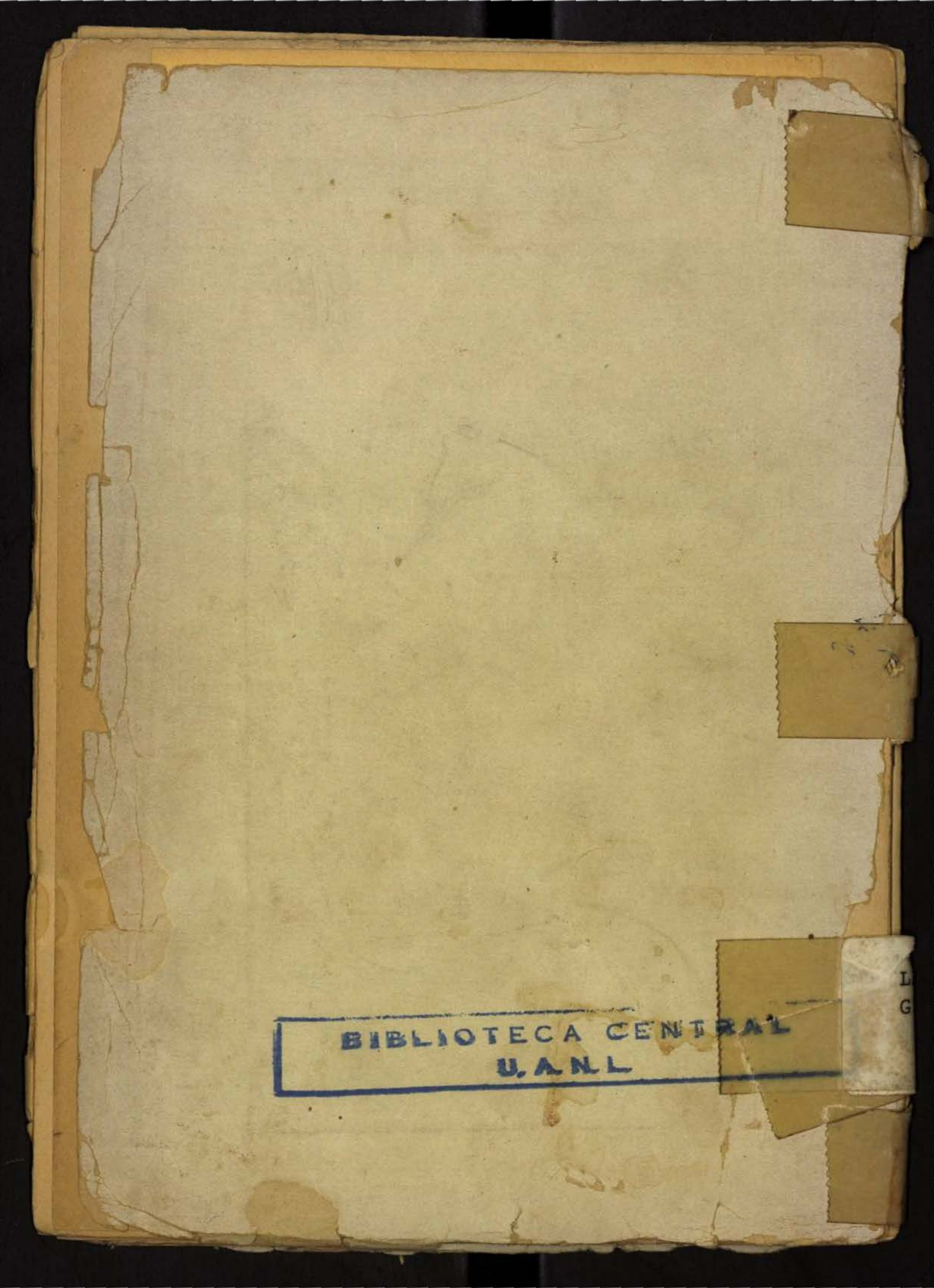
En cuanto a vosotros, jóvenes amigos, debeis ayudarnos al engrandecimiento de la Escuela Nacional Preparatoria, porque ella, al fin y al cabo, va a ser el receptáculo amable del mejor capítulo de vuestra vida. Podrán llegar años buenos, derramando azucenas y mirtos en vuestra senda; pero el mejor perfume que recojan vuestros corazones será, sin duda, el que impregna el ambiente de estas aulas, porque en ellas, en el momento de convertiros en hombres, dejareis incrustada, como en las hojas de un libro santo, la flor marchita de vuestra adolescencia. Vendrá la gloria a acariciar vuestras frentes con sus hojas de laurel; vendrá el amor a clavar sus flechas doradas en vuestras almas; vendrá la fortuna a rematar con un arco iris vuestras

tempestades; vendrá la misericordia a ungir con sus óleos vuestras penas; vendrá todo lo que la vida tiene de consolador y de dulce; pero todas estas gracias del Destino, reunidas, no os devolverán las cosas adorables que aquí vais a dejar enterradas para siempre. Amad, pues, a vuestra Escuela, porque de ella no saldrán nunca vuestros últimos candores de niños ni vuestros primeros devaneos juveniles; amadla, porque va a ser el sepulcro marmóreo de vuestra infancia y la cuna dorada de vuestra juventud; amadla, porque jamás dejará de ser el huerto de vuestros más fragantes rosales, la constelación de vuestras mejores estrellas!

Y ahora, señor Director, señores Profesores, jóvenes alumnos, ya es tiempo de desatar las amarras, de levar las anclas y de extender las velas de nuestra nave a las caricias bienhechoras de los vientos bonancibles. Tripulantes, todos a vuestros puestos! Y tú, vieja nave construída por el gran Gabino Barre-

da en los arsenales de la Reforma, que has conducido a cuatro generaciones a bordo y has navegado durante nueve lustros en las ondas inciertas de la vida, zarpa ya, e intérnate, «por mares antes nunca navegados» y bajo firmamentos desconocidos. Abandona ya los viejos derroteros y guíate sólo por la brújula del pensamiento contemporáneo. Busca los tesoros de las Indias por rumbos enteramente nuevos. Y si no llegas a tu destino, será porque, repitiéndose el milagro de las carabelas del siglo XV, un nuevo mundo habrá surgido del fondo del océano, para venir a acariciar tu proa!




BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.